

## GACETA DEL ÁNGEL

# Allá afuera

GERMÁN DEHESA



Durante más de dos meses estuve aquí confinado en mi casa de piedra y flores. Mis escasas salidas fueron rumbo al quirófono, rumbo a Palacio Nacional a pegar el alarido y rumbo a ignotas regiones a depositar al Bucle en una escuela donde sus compañeritos, según me escribe, no entienden muy bien la diferencia entre el fútbol americano y el fútbol soccer y así, cuando mi vástago logra eludir a las larvas de mastodonte, éstas le acomodan unos mulazos que hacen volar por los aires a nuestra esperanza verde.

Tan grave llegó a ser mi confinamiento que, como quizá le pase a los presos, comencé a dudar de la existencia del mundo exterior que muy probablemente sólo existía en la televisión y en los medios que inventaban entidades tan absurdas como Juanito y como el PRI.

Para salir de dudas, decidí que lo prudente sería asomarme al exterior que no se mostraba nada confortable, ni ansioso de visitas. No me importó. Mi decisión estaba tomada. Por eso, cuando mi amiga la Ferrus me llamó para decirme que me iba a llevar a dar la vuelta, yo, a ojos

cerrados le dije que órale, que hasta me iba a bañar y a dar una "arregladita" para no desmerecer en exceso junto a su ostensible atractivo. Con todo esto vine a comprobar que, por mucha confianza que haya, no puede uno entregar así a ojos cerrados su destino y ponerlo en las caprichosas manos de una mujer. Cuando vine a ver, ya estábamos frente a una sala teatral que ostenta el sospechoso nombre de "El telón de Asfalto" y ya nos estábamos acomodando para ver una cosa titulada "El Otro Einstein" original de mi viejo conocido Andrés Roemer. Todavía es la hora en que la Ferrus no me explica qué le dio por llevarme a ver algo tan desastroso, tan malogrado, tan pretencioso, tan aburrido como este exquisito fruto de la sesera de Roemer que, a mi juicio, va de mal en peor. Durante algo así como dos horas, las dos esposas de Einstein y su antigua secretaria se abodollan ante nuestros ojos para contarnos chismes verdes acerca del padre de la física moderna. Al principio, el espectador azteca experimenta un cierto pasmo frente a tanto nombre teutón que desfila por las lenguas de este trío de chismosas, ociosas y vengativas mujeres. En diez minutos, sin embargo, el espectador también se da cuenta de que si el nombre de Ulrika von Lowenstein

es sustituido por el de la Pingüica Berumen, la obra no padece porque de lo único que realmente trata es de intercambiar chismes como cualquier señora de la colonia Álamos cuando está tendiendo la ropa. Así comienza el bodrio de Roemer, así sigue y así termina. Esta última parte fue la que más me gustó porque me produjo una enorme sensación de alivio. A mi lado la Ferrus parecía como mesmerizada y sumergida en alguna meditación tibetana. Ésta fue mi primera salida al mundo exterior. No puedo comunicarles el alivio que sentí cuando mi querida Ferrus me depositó en mi casa y yo me pude meter en mi cama. Y sin embargo, entiendo que ya terminó mi confinamiento, que aunque sea para ver los desfiguros de Roemer, hay que salir y estar con la gente y, como alguna vez deseó Sabines, darle un vasito de leche tibiecita a todos.

### ¡AUXILIO!

Mi tierra Veracruz se está volviendo agua. Falta que lo permitamos.

### ¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDCXXXVI (1636) MONTIEL.

*Cualquier correspondencia con esta columna que se asoma, favor de dirigirla a [dehesagerman@gmail.com](mailto:dehesagerman@gmail.com) (D.R.)*

